

Batalla de Carabobo. Guerra, imaginario político y nación

Reinaldo Rojas

*Individuo de Numero de la
Academia Nacional de la Historia*

*Instituto de Investigaciones Históricas de la
Universidad Católica Andrés Bello
Venezuela*

rerojas@ucab.edu.ve

Recibido: 21 de febrero de 2025 / Aceptado: 2 de junio de 2025

DOI: [10.5281/zenodo.15571702](https://doi.org/10.5281/zenodo.15571702)

Profesor categoría Titular, jubilado de la Universidad Pedagógica Experimental Libertador (UPEL, Venezuela). Doctor en Historia. Premio Nacional de Historia (1992, Venezuela) y Premio Continental de Historia Colonial de América Silvio Zavala (1995, México). Individuo de Numero de la Academia Nacional de la Historia (Venezuela), desde 2019. En 2022, el Ministerio de Educación Nacional y de la Juventud de Francia le otorgó la distinción de Caballero de la Orden de las Palmas Académicas. Desde 2023 es Investigador Asociado del Instituto de Investigaciones Históricas y profesor del Programa de Doctorado en Historia de la Universidad Católica Andrés Bello (UCAB, Venezuela).

Orcid: <https://orcid.org/0000-0002-9749-3299>

https://es.wikipedia.org/wiki/Reinaldo_Rojas

<https://www.anhvenezuela.org.ve/dr-reinaldo-rojas/>



Batalla de Carabobo. Guerra, imaginario político y nación

Resumen

Carabobo no es solo el sitio donde se escenificó una de las principales batallas hispanoamericanas por la Independencia. Según sea la interpretación que hagamos de este acontecimiento, desde la historia militar a la historia política, pasando por la historia social, además de ser un hecho bélico, Carabobo ha sido la fuente privilegiada de nuestra Historia Patria y la matriz de nuestro caudillismo histórico. Por eso, más allá del romanticismo histórico que aún domina en el abordaje de cualquier evento relacionado con la Guerra de Independencia, nuestro propósito es aprovechar la conmemoración de este acontecimiento, para ensayar otras lecturas, orientadas a indagar acerca de un proceso de más larga duración, como lo es, la formación del Estado venezolano y la construcción de nuestra idea de Nación, como comunidad política imaginada.

Palabras clave: Historia patria, fiesta, imaginario político, Batalla de Carabobo.

Carabobo Battle: war, political imaginary and nation

Abstract

Carabobo is not only the site of one of the main Spanish-American battles for Independence. Depending on the interpretation we make of this event, from military history to political history, passing through social history, in addition to being a war event, Carabobo has been the privileged source of our Patriotic History and the matrix of our historical caudillismo. Therefore, beyond the historical romanticism that still dominates the approach to any event related to the War of Independence, our purpose is to take advantage of the commemoration of this event, to try other readings aimed at investigating a process of longer duration, such as the formation of the Venezuelan State and the construction of our idea of Nation, as an imagined political community.

Keywords: Patriotic History, Fiesta, Political Imaginary, Carabobo Battle.

1.- De la historia social a la historia simbólica de la Nación

Entre la historia *social* de la Independencia, dirigida a estudiar los procesos ideológico-políticos, los conflictos económicos y las dinámicas de la confrontación bélica, y la historia *cultural* interesada en la conformación de las nuevas formas del poder político, media el universo simbólico de los *imaginarios sociales* y de las *representaciones colectivas* de la Nación. Se trata, en un esquema abierto al análisis semiológico, por su interés en abordar ese tejido simbólico que le da su significado, su sentido, al acontecimiento histórico, en tanto que el mismo este integrado a un sistema cultural de significaciones (Ducrot,1995).

Varios autores nos sirven de soporte teórico en esta pesquisa. En primer lugar, Ernst Cassirer y su concepto de universo simbólico. Para este autor:

El hombre (...) no vive solamente en un puro universo físico, sino en un *universo simbólico*. El lenguaje, el mito, el arte y la religión constituyen parte de este universo, forman los diversos hilos que tejen la red simbólica, la urdimbre complicada de la experiencia humana. (Cassirer, 1975, p.47)

De este universo, nos interesa la presencia del mito en la construcción de la Idea de Nación. En esta misma dirección de pensamiento, Cornelio Castoriadis, nos plantea lo siguiente:

Tout ce qui se présente à nous, dans le monde social-historique, est indissociablement tissé au symbolique. (...) Les actes réels, individuels ou collectifs (...) les innombrables produits matériels, sans lesquels aucune société ne saurait vivre un instant, ne sont pas (...) des symboles. Mais les uns et les autres sont impossibles en dehors d'un réseau symbolique. (Castoriadis, 1975, p. 174) (1)

En este sentido, ese elemento que le da funcionalidad a cada sistema institucional, ese factor estructurante que nos coloca en el terreno de la relación semiótica entre lo significativo y lo significado, entre lo sensible y lo ausente; ese soporte de articulaciones y distinciones entre lo que importa y lo que no importa, es lo que Castoriadis denomina *imaginario* de la sociedad en cada época considerada.

Y, finalmente, Bronislaw Baczko, para quien el ejercicio del poder, en especial del poder político, pasa por un imaginario colectivo, ya que ejercer un poder simbólico no significa agregar lo ilusorio a un poderío "real", sino multiplicar y reforzar una dominación efectiva por la apropiación de símbolos, por la conjugación de las relaciones de sentido y poderío, ya que todo poder se rodea de representaciones, símbolos, emblemas, que lo legitiman, lo engrandecen y le aseguran su protección. (Baczko, 1991, P. 16) En ese universo simbólico de la Nación, ¿cuál es el significado que le hemos dado a la Batalla de Carabobo?

1 «Todo eso que se nos presenta en el mundo socio-histórico, está indissociablemente tejido simbólicamente. (...) Los actos reales, individuales o colectivos (...) los innumerables productos materiales sin los cuales ninguna sociedad sobreviviría un instante, no son símbolos. Pero los unos y los otros son imposibles fuera de una red simbólica.» (Traducción libre del autor).

En anteriores estudios, hemos abordado –desde las perspectivas epistemológicas de la Historia de los Imaginarios Políticos (Rojas, 2015)-, el proceso de construcción simbólica del 19 de Abril de 1810, día en el que se instaló en Caracas la Junta Defensora de los Derechos de Fernando VII, como la fecha inicial de nuestra independencia, a pesar de su carácter de acto de fidelidad al rey y a la monarquía española. En este sentido, el 19 de Abril inaugura el calendario nacional, pasando a ser el primer Año de la República, sin que existieran formalmente república ni nación, proceso que estudiamos a través de la reconstrucción de la celebración en Caracas de la primera fiesta de la nación, en 1811 (Rojas, 2011).

Esta perspectiva teórica, nos ha llevado a elaborar en la práctica de la investigación un nuevo soporte conceptual y a redefinir categorías como nación, la cual ha sido la central de nuestros estudios sobre la Independencia, al lado de modernidad y modernización (Rojas, 2007). En este sentido, para el presente trabajo sobre la Batalla de Carabobo, partimos del concepto de Nación propuesto por Benedict Anderson, quien la define como «comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana» (Anderson, 1983, p. 23). Se trata de una perspectiva teórica que nos permite superar aquellas concepciones objetivistas, como las denomina Hobsbawm (1992), que asumen el fenómeno nacional como un hecho dado, que siempre ha existido. En consecuencia, para nosotros la Nación es una construcción social y cultural, a partir de la formación de una comunidad política moderna, que es la que surge de la desintegración del Imperio Español en América, impulsada por los procesos de independencia.

En esta línea de pensamiento, nuestro propósito es indagar acerca del proceso de construcción de la Idea de Nación, de sus orígenes simbólicos, fenómeno que el antropólogo y filósofo francés Ernst Gellner se plantea, a partir de esta sugestiva interrogante: ¿Tienen ombligo las naciones? Citemos, en extenso, su formulación:

La cuestión se puede formular de una forma sencilla: el sentido de etnicidad, la identificación con una nación y la expresión política de esta apasionada identificación, ¿constituyen algo antiguo y presente ya a lo largo de la historia o son, por el contrario, algo moderno, un corolario específico de nuestro mundo reciente? (Gellner, 1997, p. 161)

Si bien el nacionalismo es un fenómeno inherentemente moderno, en nuestro caso, de doscientos años, la idea es que la nación venezolana se hunde en el tiempo, en el pasado indígena precolonial y el Estado nace con la Independencia, producto de una ruptura violenta con el pasado monárquico colonial. En consecuencia, el problema del nacionalismo es establecer ese origen, esa nueva fecha de nacimiento.

Ubicados en el surgimiento de la I República, pero orientados por la metáfora de Gellner, en estudio anterior planteamos que el 19 de Abril de 1810 puede ser considerado -en términos de un discurso genealógico-, como el ombligo de la Nación, es decir, como el origen de Venezuela como comunidad política independiente y soberana. Al respecto, publicamos un estudio en *Cuadernos americanos*, de la Universidad Nacional Autónoma de México (Rojas, 2010).

Pero, para la República que surge en 1830, Carabobo empieza a ocupar esa

jerarquía en el orden simbólico de la Nación, producto de un nuevo discurso nacionalista que se nutre de la épica de las armas y lleva a la estructuración de un nuevo Panteón de la Nación, donde figuras como Miranda y letrados como José Cortés de Madariaga y Juan Germán Roscio, héroes del 19 de Abril, quedarán en segundo plano respecto a José Antonio Páez, el caudillo llanero, y al Negro Primero, Pedro Camejo, como representación del pueblo en armas.

En consecuencia, el imaginario político de aquella república civil va a ser progresivamente sustituido por nuevos referentes simbólicos, surgidos de nuestra guerra de independencia. No se trata de un juicio de valor, sino de una hipótesis de trabajo que exponemos en el presente artículo de la siguiente manera: Carabobo es un nuevo comienzo y lo anterior, su antecedente. O dicho al estilo de *Venezuela heroica*: Carabobo es el desenlace de una guerra de diez años y el comienzo de un nuevo ciclo histórico.

En este proceso de re-construcción simbólica de nuestra Idea de Nación, el valor de las armas y el reto permanente a la muerte – materia básica de la historia épica – borran en la memoria colectiva todo antecedente ideológico o civil de nuestra Independencia. En consecuencia, el 19 de Abril de 1810, ya no es el ombligo de la Nación. Por eso, en el Bicentenario (2010-2021), más que repetir o contradecir lo que ya se ha dicho sobre esta o aquella batalla, lo sustantivo sería explorar nuevas miradas y releer aquellos acontecimientos desde otras perspectivas de análisis, más allá, inclusive, del clásico comparativismo sociológico. Es lo que nos proponemos llevar adelante, a manera de hipótesis, con el presente ensayo de interpretación a partir del eje conceptual guerra-imaginario político-nación, y del análisis del acontecimiento “Batalla de Carabobo” en tres dimensiones: Factual, política y simbólica (Soulet, 1994, p.76). Empecemos por una mirada a las fuentes.

2.- Fuentes históricas sobre la Batalla de Carabobo

A pesar de la amplitud de fuentes históricas existentes sobre nuestra Independencia, para este ensayo aproximativo hemos consultado la siguiente documentación, clasificada de la siguiente manera: La documentación primaria que da cuenta del el hecho bélico y de la campaña militar, que se encuentra en los Archivos de Bolívar y de Miguel de la Torre; las *Memorias* de Daniel Florencio O’Leary y el Archivo del Ejército Expedicionario de Costa Firme, este último, localizado en el Archivo General de Indias de Sevilla, con copias en el Archivo General de la Nación y la Academia Nacional de la Historia. Como fuente hemerográfica hemos consultado el *Correo del Orinoco*, en cuyas páginas están publicados los partes militares y los documentos oficiales relacionados con este acontecimiento.

De estas fuentes primarias, hemos consultado para este artículo, las *Cartas del Libertador* y las *Memorias* de O’Leary, documentación que nos acerca a la concepción estratégica y a los movimientos tácticos que tuvo que desarrollar Bolívar como Jefe de Campaña, mientras la documentación realista la hemos consultado del anexo documental publicado por el Hno. Nectario María en su libro *La Batalla de Carabobo*.

Un segundo grupo de documentos tiene que ver con el discurso historiográfico del acontecimiento, donde hemos revisado el documentado libro *La*

Batalla de Carabobo. 24 de junio de 1821, del Hno. Nectario María y, como estudios estrictamente militares, la obra del general Eleazar López Contreras *Bolívar conductor de tropas*, publicada originalmente en 1930 y el estudio a escala continental realizada por el académico y militar colombiano, Tte. Coronel Alberto Lozano Cleves en su obra *Así se hizo la Independencia*. Hasta allí, estaríamos en las dimensiones de la historia social del acontecimiento, es decir, de lo que “realmente” sucedió.

Para acercarnos a la dimensión simbólica del acontecimiento, hemos consultado en esta primera aproximación, la obra *Venezuela heroica*, de Eduardo Blanco, cuya primera edición es de 1881, en el contexto de la celebración del Centenario del Nacimiento del Libertador Simón Bolívar. Entremos, pues, en materia.

3.- Dimensión factual: el acontecimiento militar

La Batalla de Carabobo es la culminación exitosa de la campaña militar de liberación de Venezuela que el Libertador Simón Bolívar se propone llevar a cabo en 1821. Pero no es un hecho aislado. Forma parte de una estrategia continental y extensa de liberación del norte suramericano, que podemos seguir a través de su correspondencia.

Efectivamente, el 10 de enero de 1821, el Libertador le escribe desde Bogotá al líder independentista ecuatoriano Vicente Rocafuerte para informarle: «Estoy en marcha para Quito y Guayaquil. El general Valdés me precede con la vanguardia del ejército del Sur, y el general Sucre lo seguirá de cerca.» (Bolívar, 1929, p. 297).

Ese mismo día se dirige al general argentino José de San Martín, a quien califica de «vencedor de Chacabuco y Maipo, el hijo primero de la patria...» para informarle: «Me hallo en marcha para ir a cumplir mis ofertas de reunir el imperio de los Incas al imperio de las Libertad» (p. 298); mientras al coronel Ambrosio Plaza le deja saber en carta del 16 de enero, que ha decidido dar inicio a la campaña de liberación de Venezuela con estas palabras: «Yo estaré en Barinas en abril, y espero que para entonces, todo, todo, todo estará corriente para entrar en campaña, pues estoy resuelto a terminar la guerra en Venezuela en este año, aventurándolo todo por conseguirlo» (p. 299).

Para ello, el 18 de enero le escribe al general Páez sobre los asuntos logísticos necesarios para iniciar la campaña: el ganado que se pueda reunir, cuatro mil vestidos para la tropa, dos por cada hombre y la ejecución de los bienes nacionales para la paga del ejército de Apure, ya que: «Estoy desesperado por terminar la campaña de Venezuela...» (p. 301).

Es decir, que en términos militares, Bolívar trabaja su estrategia en varios frentes o teatros de operación: El sur de Colombia, Guayaquil y Quito, bajo la responsabilidad de Valdés y Sucre; el corredor de los puertos de Cartagena, Maracaibo y Coro al mando de Urdaneta; el oriente venezolano, bajo la dirección de Bermúdez y Arismendi; los llanos orientales, con Zaraza y Monagas; los llanos apureños bajo la responsabilidad de Páez; y los Andes trujillanos-Barquisimeto-San Felipe, bajo el mando del coronel Cruz Carrillo.

Esa dinámica militar estará supeditada a la evolución de dos objetivos políticos de la mayor importancia: la reunión del Congreso constituyente en la Villa del Rosario de Cúcuta, que deberá darle fundamento jurídico constitucional y estructura organizativa al nuevo Estado colombiano; y el desenlace de las

negociaciones diplomáticas con el nuevo gobierno liberal de España, abiertas tras la firma del Armisticio y el Tratado de Regularización de Guerra, ambos de 1820.

En síntesis, cuando amanece 1821 el Libertador tiene varios problemas que atender en su estrategia extensa contra España: Derrotar el Ejército Expedicionario de Morillo, que aún domina la antigua Provincia de Caracas; consolidar políticamente la República de Colombia; y avanzar militarmente al sur, para dominar Pasto y liberar Quito. Y finalmente, llegar al Virreinato del Perú, último bastión del dominio colonial español en el sur del continente americano.

En cuanto a la organización de la Campaña de Carabobo, el punto de partida es la ruptura del Armisticio el 28 de abril de 1821 y el posicionamiento territorial de ambos ejércitos. Las fuerzas republicanas, como lo señala el general Eleazar López Contreras en su documentado estudio, «cubrían en Venezuela una extensa línea exterior. A partir del Oriente y siguiendo el curso del Orinoco y el Apure, entraba al occidente por Barinas y Trujillo hasta limitar Maracaibo». (López Contreras, 2004, p. 166). En 10.000 efectivos podría calcularse el ejército desplegado en ese inmenso territorio, distribuidos de la siguiente manera:

- Cuartel general de Bolívar, situado en Barinas y Cuerpos de la Guardia en Barinas y Trujillo: 3.000 hombres.

- Cuartel general de Urdaneta en Maracaibo, con el Cuerpo de la Guardia de esa plaza: 1.000.

- Batallón de Milicias de Maracaibo: 500.

- Cuartel general de Páez en Achaguas y Ejército de Apure: 3.000.

- Cuartel general de Soublette en Barcelona y Ejército de Oriente: 2.500.

En cuanto al Ejército realista, comandado por el Mariscal de Campo Miguel de la Torre, nos dice López Conteras (2004) que este:

...se hallaba establecido en líneas interiores a partir de Caracas, región Tuy, Calabozo y San Carlos, enlazados con Araure, Guanare, Barquisimeto y Coro. Cumaná estaba defendido por una guarnición que se comunicaba por vía marítima con el comando realista. Caracas, La Guaira, Puerto Cabello y San Felipe mantenían efectivos de alguna importancia. (p. 167)

Un total de 13.200 hombres estaban bajo la bandera realista, emplazados así:

- Cuartel general de La Torre en San Carlos, con el grueso del Ejército de Occidente: 2.200.

- Cuerpos avanzados hacia Guanare, Araure y Barquisimeto: 2.500.

- Destacamento de Coro: 500.

- Guarnición de San Felipe: 300.

- Cuartel general de Morales en Calabozo y su Ejército: 4.000.

- Correa, Cires y Monagas en Caracas y Barlovento: 1.900.

- Tovar en Cumaná: 600.

- Varias guarniciones y destacamentos: 1.5000. (p. 168)

La estrategia de Bolívar estuvo dirigida a concentrar la mayor cantidad de efectivos de su ejército en Barinas y generar maniobras de dispersión del ejército realista, activando los teatros de Caracas-Valle de Aragua y Barquisimeto-San Felipe-Nirgua. La del Mariscal de La Torre fue de defensa pasiva, pensando en

enfrentar a Bolívar con el batallón “2° de Valencey”, mientras Morales contenía a Páez en los márgenes del Apure.

Para lograr su objetivo, Bolívar ordena al general Bermúdez marchar desde su ubicación en el oriente hacia Caracas, ciudad que ocupa el 14 de mayo, prosiguiendo su ofensiva hasta los Valles de Aragua. En occidente, el general Urdaneta se traslada de Maracaibo a los Puertos de Altigracia, marchando hacia Coro, ciudad que ocupa el 11 de mayo, para más tarde entrar a Barquisimeto el 15 de junio, ciudad que ya había sido ocupada por el coronel Cruz Carrillo.

Por su parte, el general Páez emprende el 19 de mayo su marcha desde Achaguas hasta el cuartel general de Bolívar, quien en audaz movimiento había logrado avanzar de Barinas a Guanare, hasta posicionarse de San Carlos el 4 de junio, muy cerca del Ejército realista. Luego de un intento de armisticio, el 19 de junio, el Ejército republicano había logrado concentrar 6.5000 efectivos, mientras el Ejército realista contaba con 6.3000 combatientes, que se reducirán a 5.300 efectivos en la histórica contienda, ya que 1.000 hombres fueron despachados en esos días al Yaracuy, para enfrentar las maniobras de Cruz Carrillo sobre Valencia. La estrategia de Bolívar había dado resultado.

Finalmente, el 24 de junio, a las 9 de la mañana, la División de Páez, seguida por la División de Sedeño, inicia por la Pica de la Mona la maniobra desbordante que dará comienzo a esta histórica batalla, la cual se va a sellar la liberación definitiva de Venezuela del dominio colonial español. Culminada la sangrienta contienda, las consecuencias políticas del hecho las anuncia, del lado republicano, el «enérgico parte del LIBERTADOR al Congreso», que reproduce el número 11 del *Correo Extraordinario del Orinoco*, fechado en Angostura el 25 de julio de 1821. Recatemos para el presente ese primer registro del acontecimiento.

En primer lugar, el triunfo de Carabobo es «el nacimiento político de la REPÚBLICA DE COLOMBIA». Evidentemente, este triunfo militar reducirá el espacio de poder de la España imperial en nuestro territorio, quedando solo Puerto Cabello en manos realistas, lo cual permitirá la entrada victoriosa del Libertador Simón Bolívar a Caracas el 29 de junio de 1821.

Por el lado realista, la comunicación que el brigadier Ramón Correa, como Capitán General y Jefe Político de Venezuela, le remite a la Gobernación de Ultramar, el 2 de julio de 1821, nos da una idea de lo que significó la derrota de Carabobo para el mantenimiento del dominio colonial de España en nuestro país. Allí señala el comandante español, en documento publicado por el Hno. Nectario María (1980) en su estudio sobre la Batalla de Carabobo:

Nuestro ejército destrozado en Carabobo (...) ha producido la pérdida de todas las provincias, a excepción de Puerto Cabello y Cumaná, el desaliento de la tropa, la falta de víveres y numerario, la emigración de muchas familias y el descrédito de las armas española hasta que la conducta dura y precipitada de algunos de nuestros guerreros y la seducción del enemigo las han hecho odiosas.(p.68)

En estas circunstancias, el brigadier Correa informa a sus superiores en España que no ha dudado «en dar pasaporte para Puerto Rico y La Habana a los empleados de todos los ramos». Se entiende, en consecuencia, que, efectivamente, para el bando realista el triunfo de las armas republicanas en Carabobo es el cierre definitivo del dominio español en Venezuela. Bolívar destaca otra incidencia

política: Carabobo es el nacimiento de la República de Colombia.

Sin embargo, la República de Colombia ya existía desde 1819, cuando luego de la Batalla de Boyacá, de 6 de agosto de aquel año y a instancias del propio Libertador, el Congreso de Venezuela, «con arreglo al informe de una Comisión Especial de Diputados de la Nueva Granada y de Venezuela...» (Hno. Nectario María, 1980, p. 190) había aprobado la Ley Fundamental de la República de Colombia. Esta “Ley Fundamental”, como se denomina, fue ratificada por «Nos los Representantes de los Pueblos de la Nueva Granada y Venezuela reunidos en Congreso General», en la Villa del Rosario de Cúcuta el 12 de julio de 1821.

Una evidencia más de que ya existía políticamente la República de Colombia, es la firma, el 25 de noviembre de 1820, en la ciudad de Trujillo, de un “Tratado de Armisticio” entre el Libertador-Presidente de Colombia y el General en Jefe del Ejército Expedicionario de Costa Firme, Pablo Morillo, en representación de España. Y, un día después, el 26 de noviembre, el “Tratado de Regularización de la Guerra”, firmado por, ambos jefes políticos y militares en Santa Ana de Trujillo (Cortés, 1971, pp. 438 y ss.).

Con estos antecedentes políticos, la República de Colombia nace finalmente como Estado, con la Constitución sancionada por el Congreso de Cúcuta el 30 de agosto de 1821, presidido por Miguel Peña, Presidente; Pbro. Francisco Conde, obispo de Mérida de Maracaibo, como Vicepresidente; Francisco Soto y Antonio José Caro, diputados secretarios (Congreso de la República, 1983). ¿Qué quería decir, entonces, el Libertador en su parte militar?

Si nos ubicamos en los centros de poder político de ese momento, en especial, en el escenario del Congreso que sesiona en la Villa del Rosario, el triunfo de Carabobo vendría a ser un espaldarazo a los promotores de la unión colombiana que, como se sabe, fue un proyecto de integración en cierto modo forzado por las circunstancias de la guerra contra España, a partir de tres unidades político-administrativas coloniales que a lo largo de su historia habían desarrollado caminos separados: El Virreinato de la Nueva Granada, la Capitanía General de Venezuela y la Audiencia de Quito, (2) cada una con su historia particular y con élites que tenían sus intereses específicos.

Por eso, se trata más bien del nacimiento efectivo, concreto, de un proyecto político que busca responder al proceso de desintegración del Imperio español en América, el cual avanzaba indeteniblemente. En consecuencia, para Bolívar el problema era colocar aquel triunfo armado republicano en una visión de mayor alcance estratégico. En ese sentido, el parte militar de Bolívar puede leerse como una proyección del hecho militar en sus efectos políticos.

Es decir, proyectar su incidencia en el sistema político colombiano, al influir en los debates de Cúcuta y en las orientaciones e intereses de los grupos de poder asentados en Bogotá y Caracas. Carabobo no era solo un triunfo militar venezolano. Era, también, un triunfo político colombiano. Exploremos esa dimensión política.

2 La relación jerárquica de las gobernaciones y virreinos eran directamente con España. La monarquía no propició una integración horizontal entre sus dependencias administrativas en América, incluyendo las relaciones comerciales.

4.- Dimensión política: su significación en el sistema de poder

En la ruta militar por la Independencia, Carabobo es equivalente a Boyacá. Y, a futuro, las batallas de Bomboná, Pichincha y Junín serán hermanas de Carabobo (3). Solo Ayacucho tiene otro significado: es la vitoria de todos los hispanoamericanos contra España. Y ese «todos» no es solo simbólico, si analizamos la conformación “nacional” de aquel Ejército comandado por el venezolano Antonio José de Sucre, el origen de sus soldados y del cuerpo de oficiales. Allí están, para nombrar solamente a los comandantes de División, los generales Jacinto Lara (venezolano), José María Córdova (neogranadino), Guillermo Miller (británico), comandante de la Caballería General y José de la Mar (ecuatoriano), comandante de la “Legión Peruana” (Lozano Cleves, 1980, p. 373).

Sin embargo, el impacto político de Carabobo en el corto y mediano plazo, a pesar del esfuerzo de Bolívar, va a ser fundamentalmente venezolano. Entre el círculo de los libertadores, Bolívar queda afuera, se universaliza, sigue en campaña. El resto, empezando por el general Santiago Mariño, saben que del encuentro de Carabobo ha surgido un nuevo jefe: el general José Antonio Páez. En el parte militar del Libertador, el balance que hace es la consagración del héroe:

El bizarro GENERAL PÁEZ, á la cabeza de los dos batallones de su división y del regimiento de caballería del valiente Coronel Muñoz, marchó con tal intrepidez sobre la derecha del enemigo, que en media hora todo él fue envuelto y cortado. Nada hará jamás (sic) bastante honor al valor de estas tropas. (*Correo del Orinoco* en Rivas Moreno, 1998, p. 449)

En este enfrentamiento, donde mueren el general Manuel Sedeño y el coronel Ambrosio Plaza, todos los demás combatientes han cumplido con su trabajo, pero el general Páez hace la diferencia:

La conducta del GENERAL PÁEZ en la última y en la más gloriosa victoria de Colombia, le ha hecho acreedor al último rango en la milicia; y yo, en nombre del Congreso, le he ofrecido en el campo de batalla el empleo de General en jefe (sic) de ejército (sic). (*Correo del Orinoco*, citado por Rivas Moreno, 1998, p.449)

El parte militar que el coronel Pedro Briceño Méndez, ministro de Guerra y Marina, le remite al “Excmo. Vice-Presidente interino de la República”, general Francisco de Paula Santander es, tal vez, la primera descripción de la batalla, donde Páez aparece como el héroe de la contienda.

3 La obra de Alberto Lozano Cleves es muy útil en esa visión de conjunto, ya que trae el estudio específico de cada campaña y sus batallas, entre 1811 y 1824.

Pero no es solo allí donde están los efectos políticos de Carabobo, sino en la conformación del liderazgo político que va a asumir la administración del Departamento de Venezuela entre 1822 y 1829, que va a consumir en 1830 la separación de Venezuela de la Gran Colombia –como la denominará más tarde José Gil Fortoul–, y el que va a dirigir los destinos de la República Oligárquica Conservadora, entre 1830 y 1848, liderazgo encabezado, primeramente por José Antonio Páez, el caudillo indiscutible del nuevo orden político, y el general Carlos Soublette, por su efectivo ejercicio administrativo al frente de la Intendencia, donde, según le comenta Fernando Peñalver a Bolívar en 1823, «... se conduce con el juicio y moderación que yo no esperaba », logrando «muchos conocimientos y práctica del estado de nuestro fisco». (Ministerio de Defensa, 1981, pp.374- 378).

Ahora bien, no es con Páez que surge el caudillismo en Venezuela. Este fenómeno sociológico ha sido largamente debatido entre nuestros historiadores y escritores como manifestación de la existencia, necesidad o imposición del “hombre fuerte”, del “tirano absoluto” o del “gendarme necesario”, en pueblos en proceso de formación como comunidades políticas. Frente a la anarquía y la falta de instituciones que moderen el conflicto por el poder, aparece la figura del caudillo (Tosta, 1954, p. 7).

En Páez se conjugan la condición del héroe y del caudillo. Es el hombre fuerte de la Venezuela que renace de las cenizas de la Guerra de Independencia. Pero es también y, fundamentalmente, el héroe de Carabobo, al estilo de Aquiles, consustancial con la epopeya que años más tarde va a ser relatada por Eduardo Blanco en su *Venezuela heroica*.

Antes de Carabobo, Páez era un guerrero legendario, pero confinado a los llanos de Apure. Después de Carabobo, será el Benemérito General en Jefe José Antonio Páez, jefe civil y militar del Departamento de Venezuela y con ese cargo, responsabilidad y autoridad encabezará el acto de declaración de Venezuela como Estado independiente y federativo, del 7 de noviembre de 1826, y más tarde el acto de separación del 27 de febrero de 1830 que lleva al Congreso Constituyente reunido en Valencia en ese mismo año, a aprobar una nueva Constitución y a nombrarlo Presidente Provisional del Estado de Venezuela. Es decir, no es sólo un héroe de combate sino, también, el héroe fundador de una república.

Estas condiciones de autoridad y liderazgo que exhibe Páez como jefe de gobierno, ya lo destaca Fernando Peñalver en 1826 en carta que le envía al Libertador, y en la cual le señala:

Es una verdad que nadie podría negar, que la tranquilidad que ha disfrutado Venezuela desde que la ocuparon nuestras armas, se ha debido al General Páez, y también lo es, que si él se alejase de su suelo, quedaría expuesto a que se hiciese la explosión, pues sólo falta, para que suceda esta desgracia que se apliquen las mechas a la mina. (Ministerio de la Defensa, 1981, p. 396)

Para Peñalver, la presencia de Páez es seguridad y orden, aspiración colectiva en un país que viene de recorrer diez años de guerra. Pero el problema histórico no es solo la funcionalidad del hombre fuerte en estas circunstancias de anarquía, tal como lo interpreta Laureano Vallenilla Lanz en sus importantes

estudios de sociología histórica. Es que la Constitución y las leyes pasarán a segundo plano, lo que años más tarde, Fermín Toro, seguidor de Páez en el terreno político, llegará a observar en 1858 como la formación de una costumbre entre nosotros. Dice el escritor y tribuno en su discurso ante la Convención de Valencia de 1858, cuando derrocada la dictadura de los Monagas se levanta un nuevo caudillo en la figura del general Julián Castro:

Las instituciones han sido frecuentemente dictadas por el Poder, no por la voluntad nacional; la opinión pública no ha sido más que un eco de un hombre, y un nombre la bandera de los pueblos. Simbolizadas las naciones por un individuo, Colombia fue Bolívar, Venezuela fue Páez, y ojalá, señores que no hubiera otros símbolos. (...) Por desgracia, señores, hay otro símbolo; y los Monagas han simbolizado a Venezuela durante una década de oprobio. (Presidencia de la República, 1960, p. 254)

La claridad de estas palabras no necesita comentario. Hombres como Bolívar y Páez son símbolos, no solo fuerza y poder real. Han sido construidos como héroes que sintetizan valores y comunican mensajes. En el caso de Páez y el paecismo, el mensaje es el rol que va asumir la figura del caudillo militar como poder supremo de la República. Para Vallenilla Lanz (1983), ese caudillismo es una “necesidad fatal”. Por eso, nos dice el autor de *Cesarismo Democrático*:

Nada más lógico que Páez, Bermúdez, Monagas, fuesen los gendarmes capaces de contener por la fuerza de su brazo y el imperio de su autoridad personal a las montoneras semibárbaras, dispuestas a cada instante y con cualquier pretexto, a repetir las invasiones y los crímenes horrendos que destruyeron en 1814, según la elocuente frase de Bolívar, ‘tres siglos de cultura, de ilustración y de industria’. (pp. 79 y 80)

Pero, estos hombres no nacieron de la nada, sino de la escuela de la guerra y su bautismo de fuego, que los eleva al Panteón de la Patria, fue, entre otras, la Batalla de Carabobo. Si para Vallenilla Lanz, la emergencia de este caudillismo militar fue una salida lógica, para Juan Vicente González, que en 1846 califica a Páez como “escudo de las leyes, custodio de nuestras instituciones y espada de todos los ciudadanos”; ya en 1865, aprecia el mal que se le ha hecho a la República al dejar morir el Poder Civil, «porque la guerra parece el estado natural de la mayoría de los pueblos de Suramérica» (González, 1978, p. 40). El haber confundido la revolución con la guerra, dice nuestro fogoso escritor, «dio origen a un mal profundo y desesperado: el culto a la fuerza que tendrá sectarios largo tiempo».

Y, efectivamente, Cecilio Acosta, quien vive después de la Guerra Federal (1859-1863) la emergencia del nuevo caudillismo liberal, encabezado por el general Antonio Guzmán Blanco, afirma que este problema no es producto de la fatalidad sino de costumbres que se forman socialmente. Si para los hombres del 19 de Abril lo primero fueron las ideas y el ejercicio de las prácticas republicanas, para los héroes de Carabobo lo principal fue la imposición de un orden por encima de leyes y derechos. Y, acostumbrados a mandar, diría el Libertador, el pueblo que los siguió se acostumbró a obedecer.

Sobre esta enseñanza de lealtad, sumisión y obediencia al caudillo militar de turno, nos dice Cecilio Acosta, es que se forman las tiranías, ya que:

En primer lugar, la administración que nace de un campo de batalla por necesidad, se ha de resentir del elemento personal; creada por la fuerza, continúa representando la fuerza, porque los hábitos no se cambian de un día para otro y menos los que forma la disciplina militar. Puede ser muy bueno el personal socialmente porque no mata, pero muy malo políticamente porque no administra. (Acosta, 1950, p. 20)

Si Vallenilla Lanz señala que el origen de nuestra democracia está en el campo de batalla, don Cecilio Acosta nos alerta de lo negativo que ha sido la administración pública y la lucha política orientada por los principios militares de "orden y mando". Doscientos años después de la Batalla de Carabobo sorprende la actualidad estas observaciones. Cerremos nuestra reflexión, analizando los mecanismos que han servido para construir este universo simbólico de la Nación.

5.- Dimensión simbólica: Carabobo y la Historia Patria

Entre el acto cívico del 19 de Abril y la acción militar de Carabobo, la matriz fundadora de la Nación se divide en nuestra memoria colectiva: ¿Nacimos de un acto civil celebrado en el Ayuntamiento caraqueño el 19 de abril de 1810 o de un acto bélico escenificado el 24 de junio de 1821 en las sabanas de Carabobo?

La supremacía del héroe militar (4) en nuestra conciencia histórica es – en términos sociohistóricos-, el resultado de diez años de guerra de independencia y de la imperiosa necesidad de orden en las primeras décadas de la República. Pero, es también, y fundamentalmente, una construcción simbólica (5), el producto de un discurso patriótico y de una narrativa historiográfica que ha colocado lo militar por encima de lo civil, cuando la historia es un todo y las ideas políticas preceden toda acción militar.

Esta pedagogía de la Nación se expresa y se reproduce en la permanencia de la guerra - vía de la fuerza-, como mecanismo de lucha por el poder, explica el predominio de presidentes de origen militar a lo largo de nuestra historia republicana y la transformación del Ejército, más que en una institución no beligerante del Estado, en el primer partido político de la Nación.

4 La imagen oficial de Bolívar, difundida a través de los textos escolares, la pintura y las estatuas que presiden las plazas públicas de ciudades y pueblos de Venezuela, son las de un militar a caballo. Tres medios de enseñanza de la historia y una sola representación del héroe.

5 Un interesante y sugestivo estudio sobre esta “heráldica de los próceres” que acuña la pintura del siglo XIX es el que presenta Mirian Caballero Torres en su artículo “El héroe cabalga sobre el lienzo de la gloria” publicado por la *Revista Bigott*. N° 41, enero-marzo 1997. P. 29 y ss.

Y no estamos hablando solo de la Venezuela del siglo XIX y primera mitad del siglo XX. Es que la crisis de la democracia representativa de 1958 y la irrupción militar del 4 de febrero de 1992 estuvieron acompañadas del retorno del mito del héroe en la figura del teniente coronel Hugo Chávez Frías, envuelto en las banderas de la redención social y acompañado de un poderoso mensaje de nacionalismo épico traído del siglo XIX. (6)

Se trata, en consecuencia, del proceso de configuración histórica de nuestro universo simbólico como comunidad nacional, lo cual debe leerse como una reinvención del pasado en busca de una legitimidad de origen. De allí la importancia de analizar esa mediación de símbolos, de ficciones y apariencias, que juegan un rol motor entre gobernantes y gobernados, de la que nos habla J.J. Wunenburger en su obra *Imaginaires du politique*. Para este autor: «cet intermonde de symboles et de mythes, loin d'être au seul service des passions et des pulsions, permet – à certaines conditions – de donner une consistance aux institutions, aux idéaux et aux valeurs formulés en langages rationnels et raisonnables» (Wunenburger, 2001, p. 77). (7)

En ese sentido, en Páez apreciamos una doble construcción simbólica: como héroe de Carabobo y, por ende, de nuestra independencia y de la estirpe de los libertadores. Y, como caudillo “fundador” de una comunidad política, de esa Venezuela que, enfrentada a Bolívar, se separa de la unión colombiana y se restituye como Estado Nacional independiente a su condición originaria de 1811. En este momento, nos interesa cómo nace el héroe y para ello acudimos a su matriz formativa, la epopeya de Carabobo, contada por Eduardo Blanco.

En ese abordaje, es conveniente recordar con Hayden White que la Conciencia Histórica en la primera mitad del siglo XIX está dominada por la crisis del pensamiento de la Ilustración tardía, por lo cual «pensadores como Voltaire, Gibbon, Hume, Kant y Robertson habían llegado finalmente a ver la historia en términos en esencia irónicos.» (White, 1998, p. 48) A partir de este contexto ideológico, tomaron forma tres grandes “escuelas”: la “novelesca”, la “idealista” y la “positivista”, con cuatro grandes maestros de la historiografía del siglo XIX: Michelet, Ranke, Tocqueville y Burhardt, con sus contemporáneos en la novela: Scott, Balzac, Stendhal, Flaubert y los Goncourt.

6 A este respecto se puede consultar nuestro artículo “El Retorno de los Héroes: El Discurso Político de Hugo Chávez Frías y el Proceso Constituyente en Venezuela de 1999”. *Memorias del XI Congreso Colombiano de Historia*. Universidad Nacional de Colombia. Agosto, 22 al 25 de 2000. Edición electrónica. Posteriormente publicado en: Rojas, R. (2001). *Venezuela Fiesta, imaginario político y nación*. Universidad Nacional del Yaracuy. (pp. 184-210).

7 «inter-mundo de símbolos y de mitos, (que) lejos de estar solo al servicio de las pasiones y de las pulsiones, permite – bajo ciertas condiciones – dar una consistencia a las instituciones, a las ideas y a los valores, formulados en lenguajes racionales y razonables» (Traducción libre del autor).

Sin embargo, en nuestro medio, la escuela de pensamiento histórico que toma forma es el romanticismo, donde el lenguaje recurre más bien a la metáfora y el cambio histórico es el resultado de la voluntad individual, al estilo de Jules Michelet, autor –entre otras–, de la monumental *Historia de Francia*, en seis volúmenes, editada entre 1833 y 1834. Antes, en 1824, el fundador del historicismo alemán, Leopold von Ranke, había publicado su obra *Historia de los pueblos latinos y germanos*.

Si en Europa la producción historiográfica se divide entre el historicismo alemán y el positivismo francés, entre nosotros toma cuerpo el romanticismo historiográfico producto del clima épico que alimenta nuestra producción literaria y el papel providencialista de nuestros héroes, encabezados por Bolívar y Páez. Esta observación de Mario Briceño Iragorry es muy clara a este respecto:

El elemento romántico, exaltado por la pasión patriótica, fue el vestido que más gustó a nuestros historiadores del siglo pasado y con él se adornaron las obras de Yanes, Baralt, Juan Vicente González, Felipe Larrazábal, Marco Antonio Saluzzo, Becerra, Eduardo Blanco, Felipe Tejera, etc. (...) La vivencia histórica se buscó en la belleza de los hechos y en el contorno de los tipos “valientes” que pudieran servir para una especial ejemplificación. (Briceño Iragorry, 1972, p. 18)

Ese ciclo heroico, como también lo denomina Briceño Iragorry, no dio paso a una historiografía fundada en criterios más realistas, documentales y científicos, sino que perduró en el tiempo como la forma de hacer “historia patria”, más identificada con el discurso nacionalista que acompaña la formación del Estado nacional venezolano en el siglo XIX, que en la búsqueda de la verdad histórica.

Por ello, a pesar de la llegada del positivismo a nuestro país de manos de Rafael Villavicencio y Adolfo Ernst, a partir de 1866, tal como lo señala Ángel Cappelletti en sus estudios, el clima épico que reproduce el guzmancismo en la celebración del Centenario del nacimiento del Libertador Simón Bolívar, en 1883, es el momento propicio para afianzar, aún más, los referentes de la Guerra de Independencia en el Imaginario Político de la Nación. Primero, con la exaltación de la Batalla de Carabobo, y en segundo lugar, de la Guerra Federal, con la Batalla de Santa Inés y la figura militar de Ezequiel Zamora (Cappelletti, 1992). (8)

Los monumentos del guzmancismo –lugares de la memoria, como los denomina el historiador Pierre Nora–, se repartirán entre ambas gestas. Es en este contexto de exaltación patriótica que Eduardo Blanco (1838-1912) escribe su epopeya, *Venezuela heroica*, publicada por primera vez en 1881.

Su autor, discípulo de Juan Vicente González, en cuyo colegio “El Salvador del Mundo” realizó sus estudios, abrazó la carrera militar, formando parte del cuerpo de edecanes del general Páez al cual acompañó, en 1861, a la entrevista que este sostuvo con el general Juan Crisóstomo Falcón, jefe del Ejército Federal, en las inmediaciones del campo de Carabobo.

8 Para tales efectos, el general Ignacio Andrade, como presidente del estado Miranda, comisionó al médico e historiador Laureano Villanueva para elaborar una biografía de Ezequiel Zamora la cual fue publicada, en su primera edición, con el título de: *Vida del Valiente Ciudadano General Ezequiel Zamora* (Imprenta Federación, Caracas, 1898).

Allí, escucho de parte del propio Páez el relato de la Batalla, lo cual seguramente lo motivó a escribir su epopeya, obra muy bien escrita y documentada, prologada por José Martí, para quien este libro: «Es patriótico, sin vulgaridad; grande sin hinchazón; correcto, sin alarde. Es un viaje al Olimpo, del que se vuelve fuerte para las lides de la tierra, templado en altos yunques, hecho a dioses» (En Blanco, 1979). (9)

Más que un libro de historia o una obra literaria, Venezuela heroica busca ser el relato de una epopeya, cuando este género literario ya había pasado de moda, pero que es coherente con el discurso patriótico del guzmancismo. Sin el conocimiento de ese contexto y de esos fines políticos, la obra no se explica y mucho menos es posible comprender su significación en el tiempo.

Hay que ubicarla, en consecuencia, entre las obras del Centenario del Nacimiento del Libertador, como parte del discurso simbólico de la Nación, al lado de la construcción de la Plaza Bolívar de Caracas. (1874), el Panteón Nacional (1876), el Capitolio Federal (1877), la acuñación del bolívar de plata como moneda nacional (1879), la edición de las *Memorias* del general Daniel Florencio O'Leary (1879-1888), la declaración del canto patriótico "Gloria al Bravo Pueblo" como Himno Nacional (1881) y la pintura heroica de Martín Tovar y Tovar, Antonio Herrera Toro, Cristóbal Rojas y Arturo Michelena.

En este sentido, el tratamiento que Eduardo Blanco le da a la Guerra de Independencia, reduciendo aquel complejo proceso político y social a una lucha de héroes por la libertad; y la transformación de Carabobo en el desenlace de un ciclo de batallas iniciadas en 1811, todo ello es coherente con la Fiesta del Centenario del Natalicio de Bolívar en la Caracas de 1883. Pero, además, es funcional con la aspiración de Guzmán Blanco de darle a Caracas el estatus de centro político y ritual de la Nación. En esta ruta, el mito de Bolívar como "Padre de la Patria", fundado por los gobiernos conservadores de Páez y Soublette, en 1842, se completa con la proclamación en 1883 del bolivarianismo como doctrina oficial del Estado nacional venezolano (Rojas, 2011, pp. 163 y ss.).

Y es así como lo piensa y lo escribe Eduardo Blanco, cuando en su obra señala lo siguiente: «Para los pueblos todos, vivir sin propia gloria equivale a vivir sin propio pan; y la mendicidad es degradante» (Blanco, 1979). En este sentido, la Independencia de Venezuela debe ser entendida como una Revolución. Y «Las grandes revoluciones guardan cierta analogía con las ingentes sacudidas de la naturaleza; sus efectos asombran, su desarrollo no se puede augurar». Ahora bien, se trata de una revolución violenta, con su saldo de sangre y de sacrificios humanos, donde la guerra es equivalente al bautismo. Escuchemos al autor: «Sobre doscientos mil cadáveres levantó Venezuela su bandera victoriosa; y como siempre en los fastos modernos, la República esclarecida en el martirio se irguió bautizada en sangre». (Blanco, 1979, p.11).

9 De las tantas ediciones de este libro, hemos consultado la versión completa: Eduardo Blanco. *Venezuela heroica*. Caracas: Monte Ávila editores. 1979. Y la edición del cuadro "Carabobo (24 de junio de 1821)", publicado en 1883 y reeditado en 1981 en: Blanco, E. (1971). *Carabobo tus hijos patria mía, supieron batallar*. Presidencia de la República, Edición Conmemorativa del Sesquicentenario de la Batalla de Carabobo.

Eduardo Blanco no solo conoció al héroe de Carabobo. Recorrió el lugar de los hechos y leyó las crónicas y partes oficiales de la Batalla. Hizo investigación histórica. Con ello queremos significar que el autor tuvo conocimiento detallado de aquella batalla y del escenario político y militar de la época. Pero su objetivo no era ahondar en el análisis de aquellos acontecimientos y proponer una interpretación sobre nuestro proceso de independencia, sino cantar la gloria y grandeza de aquel pasado heroico.

Lo importante no era ahondar en la razón histórica, sino mover la fibra emocional de un pueblo que debía sentirse parte de aquella epopeya de la que surge – a sangre y fuego –, Venezuela como Nación libre y soberana. Es la invocación a la Nación como afecto y solidaridad de comunidad. Siendo un hombre de ideología liberal, su discurso estuvo dirigido a afianzar el peso de lo militar en la conciencia histórica de la Nación, porque la guerra es el hilo conductor de aquella historia y sus móviles, la heroicidad de unos valientes frente a una odiada España, que al final triunfa, porque «con la espada del Cid triunfó Bolívar (...) un descendiente del héroe de Vivar».

Una consideración final

Siguiéndonos por la formulación de Gellner, podríamos concluir este ensayo de comprensión histórica con el siguiente planteamiento: si para nuestra primera "Generación de Independencia", el 19 de Abril de 1810 es “el ombligo de la Nación”, el origen de la República; sin negar ese legado, que viene a ser como un antecedente, para la "Generación de la República de 1830", la Batalla de Carabobo parece desplazar esta idea en el imaginario político de la Nación.

Para una mejor comprensión de este fenómeno, habrá que confrontar, comparar y registrar continuidades, rupturas y la emergencia de nuevos referentes simbólicos, en los actos del guzmancismo, en la celebración centenaria llevada a cabo por el gomecismo en 1921 y los actos y eventos llevados a cabo en el pasado Bicentenario, en su contexto de “Revolución Bolivariana”, crisis humanitaria y Covid-19, para determinar las resignificaciones y relecturas que doscientos años después, los venezolanos le han dado a este pasado histórico y al peso de la guerra en la construcción del imaginario político de la Nación.

Referencias

Acosta, C. (1950). *Doctrina*. República de Venezuela, Ediciones del Ministerio de Educación Nacional.

Anderson, B. (1983). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo*. Fondo de Cultura Económica.

Baczko, B. (1991). *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*. Ediciones Nueva Visión.

Blanco, E. (1979). *Venezuela heroica*. Monte Ávila Editores.

Bolívar, S. (1929). *Cartas del Libertador*. (Tomo II). Litografía y Tipografía del Comercio.

Briceño Iragorry, M. (1972). *Introducción y defensa de nuestra historia*. Monte Ávila Editores.

Cappelletti, A, J. (1992). *Positivismo y evolucionismo en Venezuela*. Monte Ávila Editores Latinoamericana.

Cassirer, E. (1975). *Antropología filosófica*. Fondo de Cultura Económica.

Castoriadis, C. (1975). *L'Institution imaginaire de la société*. Éditions du Seuil.

Congreso de la República. (1983). *Congreso de Cúcuta 1821*. (Tomo II). República de Venezuela. Ediciones Conmemorativas del Bicentenario del Libertador Simón Bolívar.

Cortés, S. R. (Comp.). (1971). *Antología documental de Venezuela. 1492-1900*. Editorial Pregón.

Ducrot, O. y Tzvetan T. (1995). *Diccionario enciclopédico de las Ciencias del Lenguaje*. (17° ed.). Siglo XXI editores.

Gellner, E. (1997). *Nacionalismo*. Ediciones Destino.

González, J. V. (1978). *Selección histórica*. Monte Ávila Editores.

Hobsbawm, E. (1992). *Nations et nationalisme depuis 1789*. Éditions Gallimard.

López Contreras, E. (2004). *Bolívar conductor de tropas*. Ediciones de la Presidencia de la República de Venezuela.

Lozano Cleves, A. (1980). *Así se hizo la Independencia*. Biblioteca Banco Popular.

Ministerio de Defensa. (1981) *Memorias de O'Leary*. (Vol. VIII). Grafesa.

Nectario María, H. (1980). *La Batalla de Carabobo. 24 de junio de 1821*. Villena Artes Gráficas.

Presidencia de la República. (1960). *Pensamiento Político Venezolano del Siglo XIX. La Doctrina Conservadora. Fermín Toro*. (Tomo I). República de Venezuela. Ediciones conmemorativas del Sesquicentenario de la Independencia.

Revista Bigott.(1997). Fundación Bigott.

Rivas Moreno, G. (Ed.). (1998). *Correo del Orinoco*. Fundación para la Investigación y la Cultura FICA. (Original publicado 1818-1821).

Rojas, R. (2007). Venezuela 1811: Crisis del Antiguo Régimen, imaginario político y nación. En Moisés Guzmán Pérez (Coord.). *Guerra e Imaginarios Políticos en la época de las independencias*. Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.

Rojas, R. (2010). El 19 de Abril de 1810 y su construcción simbólica como fecha patriótica en Venezuela. *Cuadernos Americanos*. XXIV, (134), 35-40. https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/handle/CIALC-UNAM/A_CA305

Rojas, R. (2011). Los sucesos del 19 de Abril de 1810 y su primera celebración como fiesta de la nación en Caracas, 1811. En Marcos González Pérez (Coord.). *Fiesta y Nación en América Latina. Las complejidades en algunos ceremoniales de Brasil, Bolivia, Colombia, México y Venezuela*. Intercultura.

Rojas, R. (2011). *Venezuela. Fiesta, imaginario político y nación*. Universidad Nacional del Yaracuy.

Rojas, R. (2015). La Nación y el nacionalismo desde la perspectiva de los imaginarios políticos: Una reflexión teórica. *Estudios Bolivianos*. 22, 15 -27. http://revistasbolivianas.umsa.bo/pdf/rieb/n22/n22_a02.pdf

Soulet, J. F. (1994). *L'histoire immédiate*. Presses Universitaires de France.

Tosta, V. (1954). *El caudillismo según once autores venezolanos*. C. A. Tip. Garrido.

Vallenilla Lanz, L. (1983). *Obras Completas. Cesarismo Democrático*. (Tomo I). Centro de Investigaciones Históricas de la Universidad Santa María.

White, H. (1998). *Metahistoria*. Fondo de Cultura Económica de Argentina.

Wunenburger, J. J. (2001). *Imaginaires du politique*. Ellipses Edition.